

SANT JORDI, ALGO MAS QUE LIBROS Y ROSAS

JOSEP RAMONEDA

SOM una nació. A quill piqui, que es rasqui. A mi plim". ("Somos una nación. A quien le pique, que se rasque. A mi plim.") El hombre que exhibía esta pancarta iba por libro. Sólo, con su barretina y con su mensajero, se había puesto en cabeza de la manifestación que recorrió las Ramblas arriba y abajo un día de Sant Jordi sin libros, pero con mucha gente. Detrás de aquel catalán de unos cuarenta años vividos en silencio, venían las pancartas de grupos encuadrados, las siglas, las consignas. El hombre de la pancarta no estaba solo. Le acompañaban otros muchos espontáneos, como aquel que lleva ya dos días paseando por las Ramblas con una enorme túnica hecha con tela de las cuatro barras. Le acompañaban las consignas unitarias: "Volem l'Estatut". El contenido catalán de una fiesta de libros y de rosas que tiene ya una tradición de más de cincuenta años.

Había en un patio del Palau de la Generalitat un centenario olivo. Un olivo que contempló durante los años de la dictadura la silenciosa y esperanzada visita que los catalanes —una rosa en la mano— giraban una vez al año al edificio-símbolo del poder autonómico. Un olivo que no podrá contemplar la alegría de la recuperación del Estatut.

El viejo olivo de profundas raíces en esta tierra estorbaba por lo visto al presidente Tarradellas. Dicen que dificultaba el paso del coche presidencial. Tarradellas zanjó sin escrúpulos:

—Que corten el olivo.

Y el olivo fue cortado en raíz. Una losa de piedra cubre ya la tierra que le alimentó. Es el estilo Tarradellas. Peligroso estilo el del gobernante que es insensible a los olivos que echan raíces y crecen en un lugar de una tierra.

—¿No había un olivo aquí? —preguntó una chica que se asomaba al patio al mozo de escuadra de guardia.

—Sí, pero ya no está —contestó el mozo de escuadra con un rictus de decepción.

Desde el 23 de abril de 1931 (nueve días después de la proclamación de la Segunda República), Sant Jordi, los libros y las rosas van juntos en Catalunya. En la travesía del desierto se han dado la mano con el pueblo catalán: primero, en el silencio de la derrota; luego, en el sigilo de la resistencia, finalmente, en la expresión de una voluntad colectiva jamás aplastada. A partir de textos de Ainaud de Lasarte y de Josep Benet, y con la ayuda de Albert Manent, he tratado de reconstruir este recorrido que lleva al Palau de la Generalitat.

El olivo que acompañó al pueblo catalán en su resistencia de cuarenta años no le acompañará cuando llegue la eclosión. Ni tan sólo habrá podido ver este primer Sant Jordi con la Generalitat reinstaurada. Un Sant Jordi sin duda distinto, quizá también por el estilo Tarradellas...

Tarradellas —es su estilo— está convencido de que el Estatut van a conquistarlo los políticos y no el pueblo. Lo dijo claramente en su Parlamento de la Generalitat y los murmullos y silbidos pudieron más que los aplausos.

Con la Generalitat reinstaurada, con Tarradellas en este peligroso equilibrio que le sitúa más cerca de Suárez que del pueblo de Catalunya, el día de Sant Jordi (un Sant Jordi sin libros) tuvo menos contenido catalanista que en aquella explosión del año anterior en que todas las ilusiones eran posibles.

—¿Esto es todo lo que han conseguido los partidos políticos? —me decía una catalanista que contemplaba el tibio contenido nacionalista de la jornada—. ¿Cuándo habías visto tú en un día de Sant Jordi banderas españolas?

Las banderas españolas a las que se refería eran algunas banderas republicanas que se mezclaban entre senyeras y pancartas.

Los grandes partidos catalanes (pujolistas, socialistas y comunistas) no habían hecho un gran esfuerzo en la movilización. Quizá ellos también empezaban ya a ser víctimas del estilo Tarradellas: los políticos resolviendo los problemas en los despachos por un lado y el pueblo por otro. Los sectores izquierdistas aprovechaban la convocatoria: "Abajo el pacto de la Moncloa". Las Ramblas parecían escindidas.

En el centro, una jornada de fiesta. Muchas senyeras, familias enteras de padres, hijos y rosas,

paseando en una soleada mañana de primavera. Faltaban los libros, pero había animación. En las dos calzadas que circundan el paseo central, una manifestación en la que el contenido reivindicativo social y económico podía más que la reivindicación nacionalista, las siglas izquierdistas tenían más presencia que la izquierda mayoritaria. Un Sant Jordi distinto, en tiempos del estilo Tarradellas.

...

El encuentro entre el libro y la rosa

Curioso país este que tiene como patrón un Santo del que ni tan sólo se sabe si existió. Impresionante fuerza la de una leyenda que acaba imponiéndose por encima de toda consideración histórica. Sant Jordi es un patrón romántico y justiciero: Quijote reaccionó así delante de una imagen del Santo catalán:

"Fue a quitar la cubierta de la primera imagen, que demostró ser la de San Jorge puesto a caballo, con una serpiente enroscada a los pies y la lanza atravesada por la boca, con la fiera que suele pintarse. Toda la imagen parecía un ascua de oro, como suele decirse. Viéndola don Quijote, dijo: 'Este caballero fue uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina; llamose don San Jorge y fue además defensor de doncellas'".

Con la Renaixença, la fiesta de Sant Jordi adquirió el carácter romántico y patriótico y el aire popular que hoy le caracteriza. Desde 1895, Sant Jordi es la fiesta de la rosa. Pero el encuentro entre Sant Jordi, la rosa y los libros no llegaría hasta el año 1931.

El intermediario fue Cervantes,

y el promotor, un editor valenciano instalado en Barcelona: Vicent Clavel i Andrés. Cervantista y amigo de Blasco Ibáñez. A él se atribuye esta divertida frase: "L'Homero, ja es bò ja, però, che, com lo Blasco Ibáñez..." ("Homero ya es bueno, ya, pero, che, como Blasco Ibáñez...").

Vicent Clavel fue el promotor de la Fiesta del Libro, que un Real Decreto convocaría en todo el país para el 7 de octubre de 1926. La fiesta nació con mal pie y con una rotunda discriminación lingüística en favor de la "lengua de Cervantes". El inefable "Himno de Libro" era elocuente:

"En himnos fervientes cantemos al libro,
lor a Cervantes, ingenio español,
por la alta cultura constantes
velemos y vibre en nuestra alma de España el honor".

La fiesta destinada a la divulgación del libro cuajó de manera distinta en los diferentes sitios. En Madrid adquirió un carácter más oficial, en Barcelona fue tomando dimensión popular.

En 1930 es cuando realmente se preparó el encuentro entre la fiesta de Sant Jordi, el pueblo de Catalunya y la Fiesta del Libro. Ainaud de Lasarte lo explica así: "El año 1930, la fiesta adquiere en Barcelona un éxito extraordinario, al que contribuye la edición de diversas novedades literarias catalanas de una gran aceptación popular. Es por esta época que los editores deciden publicar las novedades coincidiendo con el Día del Libro y organizan actos de firma de ejemplares para los autores. En Barcelona las ventas de aquel día sobrepasaron los 50.000 volúmenes...".

Y tras el éxito del año anterior,



Bendición de las rosas en la galería Gótica del Palau de la Generalitat: en el centro, el presidente, Tarradellas.

en 1931, la Fiesta del Libro se trasladó al día de Sant Jordi: aniversario de la muerte de Cervantes. El motivo del cambio en principio es más que nada de tipo comercial: el mes de abril parece más indicado para actos de carácter popular y callejero que el mes de octubre. Pero los acontecimientos que preludivieron la nueva fecha (la proclamación de la República) dan a la fiesta y al día de Sant Jordi un nuevo carácter. Desde entonces en Catalunya será una gran fiesta popular y cultural.

Sant Jordi, la rosa y el libro se encontraban definitivamente. Y Catalunya pedía el Estatut.

• • •

Las fiestas del silencio

La Fiesta del Libro y el día de Sant Jordi no dejaron nunca de celebrarse. Y el Sant Jordi de 1939 fue sin duda el más triste que ha conocido Catalunya. Bennet, en "Mundo Diario", ha escrito: "En el año 1939, la Fiesta del Libro, la fiesta de Sant Jordi quiere mantenerse oficialmente, pero sin este simbolismo de catalanidad que siempre había tenido. Los que la vivimos la recordamos como una fiesta celebrada en medio de una gran tristeza. Para dar una idea de lo que fue, citaré un periódico de la época, la 'Hoja Oficial del Lunes', que bajo el título 'La batalla de las letras' valoraba la jornada en los siguientes términos: 'Por primera vez se ha celebrado en Barcelona la Fiesta del Libro con la dignidad que corresponde a su hondo sentido espiritual... y terminaba diciendo— celebremos este imperio en Catalunya del libro católico y españolísimo y las letras completarán la obra de las armas'. En aquel Sant Jordi de 1939 no

había ni un solo libro en catalán. En pocos meses se había intentado destruir la cultura catalana. Los libros catalanes no existían víctimas del Fahrenheit 451 de la ocupación. Era un Sant Jordi triste y silencioso en que 'parecía que todo se había perdido'".

Durante la guerra nunca dejó de celebrarse la Fiesta del Libro, pese a las dificultades de todo tipo que afectaban seriamente a la producción editorial. Según afirma Ainaud de Lasarte, en 1937, aún se presentaron algunas novedades literarias. Y en 1938, el Departamento de la Cultura de la Generalitat intentó dar una sensación de normalidad celebrando de manera relevante el Día del Libro, aunque con fecha desplazada: el 15 de junio.

En 1939 cae el telón que imponía el silencio. Hasta 1950, el libro catalán no volvió a estar en las paradas de las Ramblas. Poco a poco fue recuperando su sitio. Y es a partir de estos años que se puede decir que la fiesta recobró su carácter popular.

Hay coincidencia entre los que vivieron aquellos tiempos en señalar como momento especialmente significativo la aparición de una parada promovida por el patriota catalán Joan Ballester, que vendía el diccionario catalán-valenciano-balear de Francesc de Borja Moll. Esta parada se convirtió en el punto de convergencia resistencial. Era la imagen visible de una fiesta que tenía, sobre todo, su dimensión clandestina: manifiestos, panfletos, tímidas acciones de los partidos catalanes ilegales. Y el silencio de la esperanza con que la gente se acercaba con la rosa en la mano al Palau de la Generalitat, oficialmente Diputación Provincial de Barcelona.

La parada de Joan Ballester fue la primera que lució una senyera. Y junto a la senyera, un mapa del

Paisos Catalans. Luego cundiría el ejemplo: poco a poco las senyeras irían saliendo de los desvanes hasta el 23 de abril de 1977, en que se podían contar por decenas de miles en manos de los 200.000 manifestantes que en un 23 de abril de pleno contenido nacionalista reclamaron la Generalitat y l'Estatut ante las puertas cerradas a cal y canto de la Diputación Provincial, donde Samarach había instalado su "bunker" arrebatado al pueblo.

El contenido político latente en la Diada de Sant Jordi fue subiendo a flote a medida que los años pasaban y que la resistencia iba recuperando el terreno perdido. En la época del Sindicato Universitario de Estudiantes, la Diada de Sant Jordi vivió algunas acciones de tipo abierto: distribuciones de panfletos a plena luz, intentos de manifestación, etcétera. Pero fue ya muerto el dictador en el 76 y en el 77 cuando realmente la fiesta se convirtió en un gran momento de expresión de la voluntad del pueblo catalán de recuperar lo que es suyo.

El 23 de abril de 1976 nació el diario "Avui". Hubo aquel día quien hizo una noche entera de cola para poder tener un ejemplar. Era el primer diario en catalán de la posguerra y un símbolo del resurgimiento de Catalunya. A las seis de la mañana, la edición entera estaba agotada. Toda la jornada tuvo un alto contenido reivindicativo y popular. Pero todavía estaban allí las fuerzas de la dictadura para frenar el paso a los manifestantes, a las peticiones del pueblo de Catalunya.

El pasado año fue el de la gran manifestación popular convocada por la Asamblea de Catalunya: "Volem l'Estatut". De plaza Catalunya hasta el mar, todo lo que hay entre las Ramblas y la vía Layetana estaba completamente

lleno. La senyera era la consigna. Y el "Ball de l'Estatut" cerró con aires de gran fiesta, en Monjuich, el paso de una Diada de carácter resistencial a una Diada que abría a Catalunya el horizonte de su propio futuro.

• • •

Los dragones bailan en el centro de las Ramblas. La manifestación sigue su curso por la calzada exterior. Y las familias con las rosas pasean arriba y abajo. Muchos niños. Pocos libros. Dos hechos dominan el 23 de abril de 1978: el estilo Tarradellas y la huelga de artes gráficas.

El estilo Tarradellas, la política la hacen los políticos, que distancia a los dirigentes de la población: la gente celebra una fiesta más que una jornada de lucha. La huelga de artes gráficas que nos ha dejado casi sin novedades editoriales para el Día del Libro. Al ser Sant Jordi un domingo, la venta de libros se ha desplazado al lunes. Por eso hemos tenido un Sant Jordi sin libros. Y el lunes una venta sin novedades. Sólo las grandes editoriales han llegado a tiempo. La huelga ha dejado muchas ediciones sin acabar. Y las editoriales pequeñas, que son las "progres", son las que están más preocupadas. Editoriales que nadan en dificultades, que rondan todas ellas el precipicio de la suspensión de pagos, ven disminuida la mayor fuente de ingresos del año: la venta de Sant Jordi. Y en algunas de ellas hay auténtico pánico:

—Es la vida o la muerte.

Sant Jordi, la rosa y el libro han llegado juntos hasta aquí. El que no llegó fue el olivo que un día segó Tarradellas. Un Sant Jordi distinto, en el año del estilo Tarradellas y de la compleja huelga de artes gráficas:

—Nosotros somos los que salimos perdiendo —dicen las editoriales "progres".

En 1977, todas las esperanzas eran posibles. En 1978, un nuevo régimen se está consolidando. ¿Un régimen de estilo Tarradellas? ■ J. R.